



DOSSIER



FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA, RAZÓN Y RELIGIÓN: DEL ANATEMA AL DIÁLOGO

JUAN JOSÉ TAMAYO

Filosofía y religión han vivido momentos de tensión e incluso de choque a lo largo de la historia. Pero también han caminado juntas en diferentes épocas. Y, a decir verdad, los momentos más brillantes de las religiones —y también de la filosofía—, intelectualmente hablando, han sido aquellos en los que ambas se mostraron críticas y autocríticas, convivieron armónicamente y dialogaron creativamente, sin complejos de superioridad ni de inferioridad. He algunos de esos momentos de brillantez teológica y filosófica: la filosofía griega clásica; los padres apologistas, que dialogaron con la filosofía griega; la filosofía escolástica con Anselmo de Canterbury y Tomás de Aquino, que tendieron puentes de encuentro entre fe y cultura, religión y razón; los filósofos musulmanes, entre ellos Averroes, en su intento, bien logrado, de armonizar teología y filosofía, razón y revelación; los teólogos modernistas que defendían la compatibilidad entre cristianismo e Ilustración, evangelio y libertad; los pensadores judíos Moses Maimónides (Edad Media), Moses Mendelsohn (s. xviii), Gerhard Scholen y Martin Buber (s. xx).

Ambos campos, el de la religión y el de la filosofía, se plantean las preguntas por el sentido y el sin sentido de la existencia humana, por el origen y el destino del mundo y de los seres humanos, por la existencia o no de la teleología en el mundo y en la humanidad.

La relación se ha tornado problemática cuando la teología se ha considerado la única disciplina —e incluso “ciencia”— poseedora de la verdad, ha adoptado una actitud dogmática y ha intentado poner a su servicio a la filosofía, convirtiéndola en su esclava (*ancilla theologiae*), para justificar principios o creencias que carecen de fundamentación racional. El resultado fue el fundamentalismo.

Problemática ha sido también la relación cuando la filosofía ha desacreditado a la teología por no atenerse a los principios de la metodología

racionalista rígida o de la metodología de las ciencias de la naturaleza y le ha negado todo carácter emancipatorio. Me refiero a determinada tendencia ilustrada a la que Ernst Bloch calificaba de necia con razón, ya que no supo discernir los elementos liberadores presentes en las religiones de los alienantes.

Ambas disciplinas han hecho importantes aportaciones al conocimiento humano. Coincido con el antropólogo Roy A. Rappaport en que las religiones son fenómenos culturales relevantes de la historia de la humanidad que han intervenido de manera decisiva en la formación de las sociedades. Nacimiento y evolución de la religión, por una parte, y origen y desarrollo de la humanidad, por otra, son dos fenómenos interconectados. Lo sagrado y lo numinoso han jugado un papel fundamental en los procesos de adaptación de las distintas unidades sociales en las que la especie humana se ha organizado. En ausencia de la religión, cree Rappaport, la humanidad quizá no hubiera sido capaz de salir de su estado prehumano o protohumano.

La teología es un género literario que tiene sus propias reglas de juego o, si se prefiere, una disciplina con su propio estatuto de autonomía. Es, por expresarnos en términos de Wittgenstein, un “juego de lenguaje”, que tiene su contexto vital (*Sitz im Leben*) y su gramática. Pero la teología no agota la reflexión sobre Dios ni el estudio de las religiones, ni abarca todos los campos de análisis del fenómeno religioso. Otras disciplinas se ocupan también de su estudio con rigor: sociología de la religión, psicología de la religión, antropología de la religión, historia de las religiones, fenomenología de la religión, ecología de las religiones, geografía de las religiones, etc. Me gusta la definición que ofrece el teólogo francés Jacques Pohier de teología por la humildad y la falta de arrogancia de la que otrora no hizo gala: la teología “es un saber parcial sobre un objeto parcial”.

¿Qué aporta la filosofía al conocimiento humano? Muy en síntesis, empezando por su etimología, el “amor a la sabiduría”, al conocimiento, sin interés comercial o crematístico, ajeno a todo carácter venal. La filosofía es también norma adecuada para la acción, arte de la vida bajo la guía de la razón, desvelamiento de las contradicciones de las apariencias, investigación de las últimas causas y de los principios de las cosas. Para la filosofía idealista, es el sistema del saber absoluto. Para la filosofía empirista, es una crítica de las ideas abstractas y una reflexión sobre la experiencia. Para la filosofía del lenguaje, su misión, más que solucionar problemas, es despejar falsas obsesiones, es una “catarsis intelectual”.

Filosofía y religión pueden caer en el dogmatismo. Sin duda. Yo creo que

el lema de la Ilustración formulado por Kant, *Sapere aude*, es el mejor antídoto contra el dogmatismo en todos los campos del saber y del quehacer humano, y muy especialmente en el terreno de las religiones, sobre todo las monoteístas, que creen en un solo y único Dios universal, que revela su Palabra recogida en un texto sagrado y se traduce en definiciones dogmáticas a las que el creyente debe prestar su adhesión mental, aun sin comprenderla, y sin posibilidad de interpretación. El símbolo da que pensar, decía Paul Ricoeur. Y yo añado: el dogmatismo bloquea toda posibilidad de pensar y convierte la fe religiosa en un acto fideísta, a veces contrario a la razón. La superación del dogmatismo en las religiones se logra a través de la hermenéutica.

Durante su presidencia de la Congregación para la Doctrina de la Fe y durante su pontificado, Benedicto xvi hablaba de manera incontinente de la “dictadura del relativismo” para criticar la Modernidad. Y lo hacía desde el dogmatismo católico convencido de tener la verdad absoluta. Yo prefiero hablar de la dictadura del dogma y recordar los versos de Antonio Machado: “¿Tu verdad? No. La verdad. Y vamos a buscar juntos. La tuya guárdatela”.

Creo con Bertrand Russell que “lo que el mundo necesita no es fe ni dogma, sino justicia, razón y una actitud de cuestionamiento científico, combinada con la convicción de que la tortura de millones de personas no es deseable, sea infligida por Stalin, Hitler o por una deidad construida a imagen y semejanza del creyente”. Ciertamente, las religiones también matan y sus dioses ordenan matar en su nombre. *Corruptio optimi pessima!*

En una de las lúcidas viñetas del humorista el Roto en *El País*, aparecía el dios anciano de la barba blanca pensativo y hablando de esta guisa: “He decidido darme de baja de todas las religiones”. Esa danza de la muerte de las religiones y de los dioses debe terminar y dar paso a una apuesta por la vida, sobre todo de quienes la tienen más amenazada. Las religiones defienden la vida, es verdad, pero la vida solo antes del nacimiento –del no nacido– y después de la muerte –la vida eterna–.

Uno de los momentos intelectualmente más fecundos de las relaciones entre filosofía y religión es la *filosofía de la religión*, que reflexiona sobre la racionalidad o no de las creencias y las afirmaciones religiosas. Un paso más es la crítica moderna de la religión, que, a su manera, es también filosofía crítica de la religión y ejerce una función terapéutica de esta al llamar la atención sobre las perversiones en las que caen frecuentemente las religiones tanto en la teoría como en la práctica: irracionalismo, fideísmo, intolerancia, dogmatismo, fanatismo, conciencia mágica, alienación mental, fomento de la conciencia mágica, etc.

Para terminar quiero referirme a una de las funciones irrenunciables de la filosofía, de la teología y de las ciencias sociales: la función crítica. A la filosofía le corresponde ser teoría crítica de la razón pura y de la razón instrumental; a la teología, teoría crítica de los fundamentalismos, dogmatismos e integrismos religiosos; a las ciencias sociales, teoría crítica de la sociedad evanescente. Las tres deben prioridad a la crítica y autocrítica feminista, ya que sus discursos son, desde su nacimiento, androcéntricos. Creo que a las ciencias sociales y a la teología les es aplicable lo que afirma del discurso filosófico Cèlia Amorós:

“Ciertamente no puede decirse sin más puntualizaciones que sea el varón el sujeto del discurso filosófico, pero sí que el discurso filosófico es un discurso patriarcal (subrayado mío), elaborado desde la perspectiva privilegiada a la vez que distorsionada del varón, y que toma al varón como su destinatario en la medida en que es identificado como el género en su capacidad de elevarse a la autoconciencia”.